



GENARO EL DE LA FUNERARIA

Salvador García Aracil y Belén Bardisa de la Iglesia

© Salvador García Aracil y Belén Bardisa de la Iglesia
Mayo de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Genaro el de la funeraria

Genaro Pi era un gris empleado de la Funeraria Hnos. López. Cada mañana, desde hacía 40 años, se levantaba a las siete y media, cogía su chaqueta gris y se la ponía sobre su traje gris y salía a la calle, y a las ocho menos cuarto cogía el autobús para ir al trabajo. En la parada del autobús todos los días la misma gente, con sus rostros tristes y grises, saludaban con un gris “buenos días”, Genaro con el enorme bocadillo de sardinas en aceite, preparado amorosamente por su buena esposa Filomena, subía al autobús manchando a todo aquel que osaba arrimarse a su gran bocadillo.

El jefe de Genaro Pi solía mirarle por encima de sus anteojos, y, echando una furtiva mirada al reloj, saludaba de mala gana, siempre con su maloliente puro colgado del labio inferior. Inmediatamente, pasaba Genaro a su “despacho”, la triste habitación donde maquillaba lo mejor que podía al cadáver de turno para que quedase lo más guapo posible. Genaro Pi, eso sí, ponía gran esmero en su delicada tarea diaria. En el momento de llegar el cadáver su primera operación era atar un pañuelo alrededor de la cabeza del susodicho; esto no siempre resultaba fácil, ya que muchos de los fiambres le llegaban con su boca bien abierta. Pero Genaro Pi, era un empleado con muchos recursos y siempre conseguía encontrar una solución práctica y eficaz.

Un día, a eso de las diez de la mañana, cuando ya Genaro se relamía pensando en el enorme bocadillo de sardinillas, llegó un trabajo urgente: la familia de un conocido millonario traía al abuelo, muerto de una atroz indigestión la noche anterior. Había que maquillarlo rápidamente, pues a todos les corría prisa cobrar la herencia. Genaro, con cierto fastidio, se dispuso a efectuar tan árdua tarea. El muerto, como solía suceder, traía la boca bien abierta, y cuando ya se disponía a cerrársela, ¡oh, sorpresa!, una enorme muela de oro brilló al fondo de aquellas fauces leoninas. Genaro pensó en todas las calamidades que pasaban él y Filomena, y aquel viejo... ¡se iba a la tumba con aquella joya en la boca!... “¿Y si yo...?”, se preguntó Genaro Pi. “¿Y si yo, aprovechando que me han dejado solo, y ya que dispongo de unos enormes alicates, le arranco al viejo el piño de oro?, y dicho y hecho agarro sus enormes alicates y se puso manos a la obra, introdujo la herramienta en cuestión en aquella enorme

abertura que tenía ante sus ojos, atino bien para no equivocarse y arrancarle al viejo la muela del juicio, ya que esta era negra como el carbón afectada por unas caries terminales, así que atenazo bien la “joya” y tiró primero suavemente. Pero cual fue su sorpresa al ver que aquello no cedía ni a la de tres, así que tiró con más convicción, pero el resultado fue el mismo. Genaro Pi se impacientaba y decidió subir a una silla para tener mejor perspectiva de las fauces del viejo, las cuales momentáneamente se habían convertido en su mina particular. Se disponía Genaro a pegar un gran tirón cuando escucho al mayor de los López que se acercaba con los familiares del muerto.

“¡Cielos!”, se dijo, “Esta maldita muela será mi perdición si no espabilo”. Genaro hizo acopio de todas sus fuerzas, y dio un último y brutal tirón, con tanto ímpetu que cayó de espaldas sobre las estanterías que había detrás de él, armando un gran estropicio. “¡Pi!”, gritó el jefe entrando apresuradamente, “¿Qué diablos le pasa?”. “Perdón, jefe, es esta boca que se resiste a que la cierre”. “Haga el favor de hacer su trabajo como es debido o me verá obligado a despedirle”, sentenció López. Genaro asintió humildemente, mientras, con gran regocijo interior, apretaba su tesorito en el puño. “¡Se acabaron las calamidades para mí y mi Filomena”, pensaba una y otra vez.

Esa tarde, después del trabajo, Genaro no cogió el autobús como de costumbre. Volvía a casa paseando, mientras pensaba en la alegría que se llevaría Filomena cuando supiese la buena nueva, y se entretuvo en mirar cuantos escaparates se pusieron en su camino, soñando con un precioso regalo para Filomena. ¿Qué le compraría? Tal vez un bonito collar, o un vestido para que se pusiera bien guapa: ¡Pues no era buena moza todavía, a pesar de los años!. Allá iba Genaro con la muela en el bolsillo de su chaqueta gris bien aferrada dentro de su fuerte mano. Así anduvo largo tiempo deteniéndose en todos los escaparates hasta que al fin se decidió a entrar en una lujosa joyería, en el escaparate de la cual había visto un gran anillo con un enorme rubí. El dependiente que se encontraba detrás del mostrador enormemente aburrido y hurgándose la nariz con el dedo meñique, se dirigió a Genaro con un tono grave “¿Deseaba algo el señor?”, Genaro al que nunca nadie le había llamado señor, quedó sorprendido y se miró de arriba a abajo, levanto la vista y se arrimo al mostrador. “ Mire, yo quería ese anillo enorme con un rubí que tiene en el escaparate”. El dependiente fue en busca de la deseada joya. Genaro quedó maravillado al ver de cerca el anillo, y se dijo a si mismo : “este anillo en la mano de mi Filomena será la envidia de todas las vecinas del barrio”.

Al ver el importe que figuraba en la etiqueta, Genaro dudó por un momento que la pieza de oro fuese suficiente para pagarlo. Pero él estaba decidido a conseguir aquel anillo, así que, sin mediar palabra, sacó la muela del bolsillo y la puso sobre el mostrador. “¿Cuánto me da por esto?”

Al dependiente se le abrió la boca: ¡Aquel individuo pensaba pagarle con una muela de oro! “Valóreme la muela , por favor”, insistía Genaro. El dependiente reflexionó un momento y llegó a la conclusión de que lo mejor sería hacer lo que aquel hombre pedía y quitarse de encima cuanto antes a semejante chiflado. Al coger la muela del mostrador, un poco de saliva del difunto, que por fortuna para Genaro pasó desapercibida al dependiente, quedó allí pegada.

El dependiente se dispuso a pesar la muela del finado, y la puso sobre la balanza de precisión, y cual fue su sorpresa la “jodida muela” pesaba 70 gramos, rápidamente calculó su valor. 70 gramos a

1.895 ptas. el gramo, total 132650 ptas. Con esta cantidad Genaro pagaba la sortija y aún le sobraba para poder invitar a Filomena a un viaje a su pueblo natal, Villaconejos de Pedroñeras. El dependiente se dispuso a efectuar el cobro, el anillo costaba 100.000 ptas. Así marchó Genaro para casa con el anillo y sus 32.650 ptas. en el bolsillo de su chaqueta gris, iba feliz y contento como jamás lo había estado en su vida, ¡Que alegría le iba a dar a su amada Filomena!.

Ahora Genaro apretó el paso. Tenía que llegar cuanto antes a casa, estaba impaciente. Tal era su prisa que no se dio cuenta de que había echado a correr y sudaba a mares. Llegó a su portal jadeando, justo cuando empezaba a anochecer y las siluetas de los árboles del parque se recortaban contra el sol poniente, dando al paisaje un aire fantasmagórico. Genaro no reparó en nada de todo esto. Subió los escalones de dos en dos. Cuando abrió la puerta, la impaciencia lo consumía.

“¡Filomena, amor mío!”, gritó, “¡Ven, que tengo una sorpresa para ti!”. Filomena apareció secándose las manos, la cabeza llena de rulos y una gran sonrisa en los labios. Genaro sacó de su bolsillo el anillo y el dinero para el viaje: “Esto es para ti, querida mía”.

Filomena palideció. Por un momento pareció que iba a decir algo, pero entonces cayó al suelo. Genaro le repetía desesperado “¿Qué te pasa, Filomena?, ¡Contesta, por favor!”

Pero Filomena no contestó, porque había muerto del susto. Cuando Genaro se dio cuenta, lloró amargamente, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse. Le puso el magnífico anillo en el dedo corazón, ¡le sentaba tan bien!, la enterraría con él. Acto seguido, se levantó, cogió su maletín de trabajo, y, con un ademán metódico, se preparó para maquillarla.

FIN